

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la dirección de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *El Carnaval*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Cruz y el Sepulcro*, balada por D. A. F. Grilo.—*El hidalgo Gabriel Telles*, (continuación) por D. Federico de Sawa.—*Historia de los trages femeninos*, por A. C.—*Revista de modas*, por Pamela.—*El ramo*, soneto por doña María T. Verdejo y Durán.—*Explicación de la lámina de confecciones*, por Pamela.—*Advertencia*.—LÁMINA. *Una de confecciones*.

EL CARNAVAL.

He oído decir infinitas veces á personas de mucho talento que hay tres ocasiones en la vida, en las que principalmente se conoce la buena educación, ó descubre la vulgaridad de sus modales quien no los tiene muy escogidos: en la mesa, en el juego, y en las máscaras.

Esta afirmación, hecha por la experiencia, es también hija en mí del convencimiento y de la observación: pero no dudo en asegurar que, de estos tres sitios, donde más se conoce una educación distinguida es bajo la careta del carnaval.

Poca instrucción se necesita hoy para hacer en la mesa un regular papel: el servicio á la francesa dispensa de saber trinchar, porque todo se sirve dividido: en los grandes convites, hay tras de cada asiento un criado, y otros muchos que pasan sin cesar, nombrando manjares y vinos al mismo tiempo que los sirven: en este punto han llegado, pues, á ser inútiles los tratados de urbanidad que antes nos hacían estudiar en los colegios: ya no se trincha: ya no *se hacen platos*: ya no es de buen tono instar para que los convidados repitan: cada uno toma lo que quiere del plato que el criado le presenta á su izquierda, y deja pasar el plato con toda libertad, si la vianda no le agrada.

Basta á una señora ó señorita el saber vestirse bien, el presentar un rostro complacido y agradable, el contestar con benévola sonrisa á las galantes frases que le dirige el caballero que tiene enfrente ó al lado.

Ya no hay tampoco que elegir ó ceder asientos, porque en todas las comidas de

alguna importancia cada cubierto tiene su tarjeta con el nombre de la persona que ha de ocupar el sitio.

Ni aun la señora de la casa tiene que esmerarse gran cosa: los saludos se van reduciendo á cortesías: las palabras escasean cada día más: pero entiéndase que hablamos de las palabras de ordenanza y de rutina que antes se empleaban, para hacer cumplimientos por los manjares y el servicio, y agradecerlos por parte de los dueños de la casa.

En la mesa, pues, no es necesario mucho para manifestar buena educación.

El juego se ha desterrado también de todas las reuniones de buen tono: ya no hay aduana ni lotería: solo hay alguna que otra mesa de tresillo para las personas de avanzada edad: además de que para demostrar en un juego de sociedad buena educación, basta con no alterar la expresión del semblante, aunque se pierda más dinero del que se creía esponder.

No sucede lo mismo con respecto á la careta: aunque la afición á las máscaras vá decreciendo cada año, aun hay quien se cubre la cara para decir lo que no se atrevería con esta descubierta.

Esto me ha parecido siempre una cobarde vileza: en más de una ocasión he visto vestirse de máscara, con el caritativo fin de descubrir á un padre las faltas de sus hijos; á una esposa, las ligerezas de su esposo; para burlarse de una imperfección, para zaherir el amor propio, para lastimar el corazón.

—No quiero ir á los bailes este año, decía pocos días hace delante de mí una graciosa jóven, que no ha mucho ha inclinado su cuello al yugo matrimonial: ¿para qué? el año pasado me aburrí: yo no sé vidas ajenas, así es que no puedo dar ninguna broma.

¡Delicada, encantadora broma, por cierto, la que ha de fundarse en algún suceso que ha tenido lugar en el interior de una familia, en el santuario del hogar doméstico! ¡en ese dulce centro en el que to-

MADRID 8 DE FEBRERO DE 1864.

do debe ser silencioso y recogido, así el dolor como la alegría! No os deseo, mis queridas lectoras, que deis penetrar en vuestro interior á ningun aficionado á la careta.

Cuando empezó á despuntar la luz de mi razon, ya la afición á las máscaras estaba en su periodo descendente: no he conocido, pues, las bonitas comparsas, los elegantes bailes que tenían lugar en las casas particulares, y en los cuales solo entraban personas amigas y conocidas, por cuanto en el primer salón se hallaba situado el dueño de la casa, y uno de los enmascarados se descubria el semblante ante él, y respondia por todos los que le acompañaban: hoy los máscaras en Madrid se contentan con pasear en el Prado, ó acuden al teatro de la Zarzuela—el Real les ha cerrado sus puertas—y es diversion tan poco apetecible como poco apetecida.

Por mí sé decir, que siempre he mirado los bailes públicos de máscaras con invencible aversion: pareceme que hay algo de ultrajante en ellos: me enoja ver á los hombres con el sombrero puesto delante de las señoras: ¿no es odioso que una máscara de sexo incalificable, pues hay gran afición á trocar los vestidos, hable de tú á una señorita, en cuya casa jamás ha logrado penetrar? ¿no es degradante que le mire los ojos á través de la careta, que le tome la mano para ver su forma, que la inste para que le enseñe el pié?

Creo que nuestros padres han conocido en las máscaras una diversion digna, bonita y animada: aquellas comparsas de pastoras, de majas, de labradores de todas las provincias de España, de orientales, de chinos, que llevaban sus músicas á la cabeza y sus bastoneros: aquellas cuadrillas bien ordenadas, que entraban en un salón, bailaban una elegante contradanza, y se retiraban para ir á alegrar otro salón, y que se componian de amigos y parientes, de personas todas de buena y escogida educacion, debian ser encantadoras. ¡Ojalá durasen aun para nuestro bien, para nuestro solaz! El carnaval de ahora es molesto, y para una señorita ó señora de buena y distinguida educacion, solo tiene un recurso: el ocupar durante dos ó tres horas una silla en el Prado, y ver muchos hombres vestidos con el traje del sexo bello, que le ofrecerán algunos confites.

El carnaval ha sido, segun sabemos por tradicion, un hermoso mancebo coronado de flores: hoy es un viejo sátiro, con pies torcidos, que lleva un tirso orlado de pámpanos, simbolo de la enorme cantidad de adulterados vinos que consumen los galantes caballeros que asisten á los bailes públicos.

No os aconsejaré, queridas lectoras, que

no vayais á los bailes de máscara: tengo la vanidad de creer que á pocas de las suscriptoras de EL ANGEL DEL HOGAR les han de agradar: y creo mas bien que pasareis la velada en vuestro palco en alguno de los teatros, en alguna elegante *soirée* ó bien recibiendo en vuestro lindo saloncito ó perfumado *boudoir* á algunas amigas queridas, á algunos amigos escogidos, abrigándoos, cuando empiezan los borrascosos bailes de máscaras, entre las cortinas de seda ó muselina que cierran vuestro lindo y casto lecho.

Puesto que la careta se ha hecho indigna de nosotras en la época presente, no cubramos con ella nuestro semblante: no asistamos tampoco á los sitios en que cobija tantas insolencias, en que autoriza tantos desmanes: el pudor de una mujer es una flor delicada, que el mas leve viento lástima: ¿qué será, pues, de esta nevada y pura flor si la llevamos donde sopla el norte embravecido que todo lo destroza?

Eseuchad lo que he oido á un hombre muy enamorado de una bella jóven:—La amo—me decia—como no he amado jamás! ¡como jamás volveré á amar! pero nunca me casaré con ella, porque fué el año pasado á dos bailes de máscara!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA CRUZ Y EL SEPULCRO.

(Balada.)

A mi amigo y compañero el profundo escritor

D. ISIDORO FERNANDEZ MONJE.

I.

¿Te acuerdas?—Bajo la cruz
del cementerio, una tarde,
á los dolientes quejidos
de melancólicos árboles,
eterno amor se juraron
nuestras almas al hallarse.
Éramos niños, muy niños;
pero en amor no hay edades.
Almas de ilusiones llenas,
almas de niño! ¿Quién sabe
lo que juró la inocencia,
de la muerte en los altares?
¿Quién sabe si los dos niños
eterno amor al jurarse,
amarse entonces creyeron
ó si juraron amándose?

La ermita del panteon
vibró su campana grave;
la luna llenó de pronto
la mansion de los cadáveres,
y de los nichos abiertos

salieron nocturnas aves,
que enlutando el horizonte
se perdieron en los aires.

¡Oh, campana! ¡luna llena!
¡Agonía de la tarde!
Velad por los juramentos
que al pié de la cruz se hacen!

II.

En la cruz nos abrazamos,
de la cruz nos despedimos,
muy niños nos separamos,
y nunca nos olvidamos
del juramento que hicimos.

Y una tarde en que moria
lejana del sol la luz,
con vaga melancolía
otra vez yo me volvía
del cementerio á la cruz.

Te buscaba! Ví la yedra
cubrir la tumba del hombre;
miré la muerte que arredra,
y en una losa de piedra
¡Dios mio!... miré tu nombre!

Y en el sauce que lloraba
cuando con el viento zumba,
y en la noche que llegaba,
y en el eco que rodaba
por el fondo de la tumba,

Una voz hueca y sonora
como el son de la campana,
me dijo: «Medita y llora;
que cual la que duerme ahora,
tambien dormirás mañana.»

»¡Juraste con dulce anhelo
al pié del sepulero inerte!
Y amor jurado en el suelo
despues se encarga la muerte
de eternizarlo en el cielo!»

A. F. GRILLO.

EL HIDALGO GABRIEL TELLEZ.

(Continuacion.)

IV.

Al salir de la hostería, el viento y la lluvia azotaron de través el sombrío rostro del caballero, que envolviéndose aun mas en su capa, adelantó á lo largo, cruzó algunas costaneras callejas y penetró en una oscura, medrosa y sin salida.

Gabriel Tellez se replegó contra un ángulo y aguardó impaciente murmurando

palabras sordas que parecían imprecaciones ó amenazas.

En el corazon dolorido del buen hidalgo rugian y chocaban despiadadamente los celos, el despecho, la ira, y en medio de tan ruda lucha, pura, ideal, flotaba en espacios nacarados y diáfanos, de armonía y de colores, la angelical imágen de su Esperanza.

Hacia mas de un año que la habia conocido, y al verla tan linda, tan gentil, su alma se abrió, como la flor abre su pintado cáliz en la plácida alborada, á impulso del amor; aspiró con ansia, con fruicion el perfumado acento de la niña, y en su pensamiento brotó noble, casto, risueño, el recuerdo de su amada. Don Gabriel, ya lo hemos dicho, era poeta, era uno de esos infortunados séres que cruzan el mundo cantando la gloria y el amor, y que sienten arder en su frente la encendida llama de la inspiracion y el génio, viéndolo todo bajo el prisma seductor de sus ilusiones y de sus ensueños, poetizados con las fecundas galas de su vigorosa y ardiente fantasía. Su ambicion, sus deseos estaban cifrados en hacer feliz á Esperanza, en levantarla sobre un rico pedestal de inmarcesibles y olorosas flores.

Y sin embargo, Esperanza no le amaba; á sus reiterados ruegos, á sus acendradas quejas correspondia con desdenes; á su tierna solicitud, con indiferencia, hasta con odio; á sus miradas con frias miradas de desprecio.

Esperanza era muy bella: alta, garrida, dotada de soberanos encantos; con unos ojos grandes, negrísimos y lucientes orlados de sedosas pestañas; con densos cabellos como el ébano que se agrupaban en unos y pesados bucles alrededor de su suave y purísimo semblante; y con un talle hechicero, Esperanza era un dechado de atractivos, un ángel de hermosura, un modelo perfecto de la estatuaria griega.

No era extraño, pues, que al verla don Gabriel sintiese inflamado el corazon en una llama inextinguible, voraz, y se abrasase en las luces de aquellos ojos negros y radiantes.

Don Gabriel tenia destrozado el pecho por crueles congojas, y alentaba un odio tenaz hácia don Gonzalo, el salteador de su ventura.

Rumor de pasos que sonaron próximos distrajo las negras cavilaciones del hidalgo.

Un bulto dobló la esquina y avanzó hácia el fondo de la calleja.

Don Gabriel contuvo el aliento, sintió latir con fuerza su corazon, y se estremeció de ira.

El desconocido detúvose á la puerta de la morada de doña Esperanza.

No pudiendo sufrir más don Gabriel,

desnudó febrilmente la espada, terció la capa, y plantóse en dos saltos en frente del que creía su rival.

—Defendeos, miserable, defenleos, ú os rompo el corazon de una estocada, exclamó con voz convulsa y ronca por la ira.

El desconocido retrocedió bruscamente.

—Teneos, hidalgo, advertid... contestó.

—Vive Cristo, don bellaco, ni una palabra; deponed razones y hable el acero, si no quereis morir como malnacido que sois.

—¡Oh! esto es demasiado, contestó el desconocido: y desnudando su espada, paró la primera embestida con precision y aplomo, lo que demostraba que era bravo esgrimidor.

Los aceros crugían, rechinaban lanzando chispas de fuego al cruzarse.

Momentos despues, la espada de don Gabriel penetró hasta la empuñadura en el pecho del contrario.

—Jesus me valga!... confesion!... dijo y cayó pesadamente al suelo.

Estaba muerto.

Don Gabriel se inclinó sobre el cadáver y exclamó opacamente.

—Es la primera y la última vez en mi vida que mancho con sangre mis manos. Me arrebataste mi Esperanza..., me quisiste tambien arrebatat la honra, y esto no te lo pude sufrir. Don Gonzalo, que te perdone Dios.

Y envainando el ensangrentado acero, rebujose en la capa, y bamboleando como ébrio, y con el corazon comprimido, se perdió en la oscuridad.

V.

Don Gabriel se había equivocado.

Sin ver, porque la cólera le cegaba; sin reflexionar, porque estaba loco, y un demente jamás se para á meditar acerca de la magnitud de la empresa que arrostra, en vez de herir á su rival, habia dado muerte á un inocente, á un hermano de doña Esperanza; le habia acometido al retirarse á su casa, le habia atacado bruscamente profiriendo denuestos y amenazas, y le habia cruzado de una estocada.

En medio de la oscuridad que le rodeaba, mal aconsejado por sus celos y su saña, derramó sangre de la sangre de su adorada; sangre que, al saber él tan triste suceso, oscureceria su conciencia con amargos torcedores, con pálidas visiones.

Don Gabriel era muy desdichado, la fatalidad le acompañaba.

Su corazon latía y respiraba con fuerza, como si el húmedo viento de la noche fuera lenitivo eficaz á sus pesares.

Frenético, delirante, riyendo á carcajadas, carcajadas histéricas que helaban la sangre y crispaban los cabellos, se separó del lugar de la tienda, y llegó á su casa.

Al verlo el buen Ginés, abrió desmesu-

radamente los ojos y el terror embargó su ánimo. Don Gabriel estaba densamente pálido; sus ojos, escandecidos por la fiebre, miraban estraviadamente, á la ventura; y temblaban acaso de desesperacion, quizá de remordimiento.

—¡Qué te pasa, señor? exclamó condo-lido el escudero.

—Déjame solo, contestó rudamente el hidalgo; nada me preguntes... quiero estar solo, ¿lo oyes? Solo.

Y arrojando la capa al suelo, y quitándose el sombrero, se pasó la mano por la frente como alejando una fiera pesadilla, sacudió los hermosos bucles de su melena, se desabrochó el justillo, sentóse en un sillón al lado de una ancha mesa atestada de libros y manuscritos, y reclinó la cabeza sobre las manos.

Ginés le miró tristemente y salió con lentitud de la estancia, murmurando:

—Bien me lo temi... Algo terrible ha acontecido; yo lo sabré.

Don Gabriel pasó una noche de insomnio, de agitacion, de agonía.

La blanda y argentada luz del primer albor matinal sorprendióle en la misma actitud pensativa y acuitada.

VI.

Ginés, entrando en la estancia, distrajo al buen hidalgo de sus melancólicas reflexiones.

—¡Qué es eso? ¿qué hay? dijo con voz airada don Gabriel.

—Hay un terrible suceso, contestó friamente Gines. Anoche han encontrado muerto á hierro en frente de la casa de doña Esperanza de Cárdenas, á su hermano el noble don Luis.

Al decir esto Ginés fijaba en don Gabriel una mirada inquisidora.

Gabriel Tellez saltó del sillón como si le hubiera mordido un venenoso áspid.

—¡Cómo! ¿qué dices, Ginés, qué dices?

—Dígotle la verdad; duelos, quebrantos y lágrimas ocasiona tal tragedia á doña Esperanza, y la justicia y los parientes y los deudos andan que beben los vientos en demanda del matador.

—¡Oh! maldicion... La fatalidad me empuja, Satanas me guía... En un momento de arrebató, de obcecacion, he dado muerte á un inocente creyéndole mi rival. He vertido sangre, sangre que caerá sobre mi conciencia. ¡Dios mio!... ¡Dios mio! Qué he hecho yo para ser tan desdichado!

Y don Gabriel, con los ojos arrasados de lágrimas, dobló la cabeza sobre el pecho.

Luego continuó:

—Me parece que respiro fuego, fuego que me tortura, que me quema las entrañas, que seca mis labios y aridece mi frente... ¡Miserable destino! ¡Triste condicion humana! Desdichado corazon donde no se

agita mas que podredumbre, á veces encubierta con mantos de oro y púrpura... ¡La felicidad, el amor! mentira, ruin mentira. La felicidad no existe en la tierra... creer en ella es quimera, desvarío. ¡El amor!... El amor es el sueño de los ángeles y los ángeles moran en el cielo.

La mirada de don Gabriel se extravió y sus palabras eran lúgubres y entrecortadas.

—Mi capa y mi sombrero, Gines... añadió brevemente como si tomara una resolución.

—Hélos aquí, señor.

Momentos despues don Gabriel se dirigia aceleradamente á casa de doña Esperanza.

(Se concluirá)

FEDERICO DE SAWA.

HISTORIA DE LOS TRAGES FEMENINOS.

Sabido es que nuestra madre Eva, despues de comer del fruto prohibido, echó de ver su desnudez, y con las hojas de un árbol hizo un traje, cuya forma se ignora, pero que seguramente no era una basquiña, un albornoz, unas enaguas y aun menos un miriñaque.

Mas tarde las mujeres se cubrieron con las pieles de los animales muertos en la caza por sus maridos ó hermanos; despues aprendieron á hilar la lana y á tejerla; pero como habitaban paises cálidos y no habian descubierto aun las plantas de donde se pueden estraer los hilos ya hechos, prefirieron tejerse túnicas, porque con ellas sentian menos el calor. Las judias no llevaron por mucho tiempo mas que trages de lino debajo: las babilonias, al reves, el de lino encima del de lana. En aquella época se fabricaban ya tejidos tan lijeros como la gasa, y en Oriente fué donde mas cundió su uso: en Roma solo las cortesanas se atrevieron al principio á gastar ropas transparentes; pero muy pronto entraron tambien en la moda las mujeres honradas.

En Francia se usaba entonces, con corta diferencia, el traje de las romanas; solo que las mujeres llevaban en la mano un báculo ó baston, á cuyo extremo se veia una cabeza de animal. Constanza, segunda mujer de Roberto, rey de Francia, en un acceso de cólera reventó los ojos á Estéban, su confesor, de un bastonazo.

En tiempo de San Luis, y durante los reinados siguientes, las damas nobles hacian bordar en los trages las armas de su casa: las viudas ponian en la parte inferior de la falda un escapulario blanco con lágrimas negras.

En aquella época el lujo llegó á ser tan grande, que Felipe el Hermoso creyó necesario dar leyes para reprimirlo. Los duques, los condes y los barones mas ricos

no podian regalar á sus mujeres sino cuatro trages por año: las señoras menos ilustres ó poderosas no debian tener mas que uno: pero pronto cayeron ea desuso estas leyes.

En el reinado de Cárlos V un sastre madrileño hizo para una dama valenciana un vestido en que entraron cinco varas de paño de Bruselas: la cola arrastraba mas de dos y las mangas se unian á la cola. Sin embargo, un concilio de Monpetller habia prohibido, bajo pena de escomunión, los vestidos que terminaban en una cola de serpiente.

En tiempo de Cárlos VI de Francia, las camisas de tela eran poco comunes, y las que mas se usaban de sarga. Mucho se criticó el lujo de Isabel de Baviera, que tenia dos de hilo. Era tal la importancia que les daban, que aquellas que las poseian fundaban todo su conato en que se viesen por debajo de las mangas y por el cuello.

En el siglo XV las mujeres empezaron á llevar descubierto el cuello y parte de la garganta: en los reinados siguientes, las alianzas con familias italianas difundieron en Francia el gusto por las modas de aquel país. Entonces se comenzaron á llevar mangas cortas, y la falda menos larga para que se viera el pié.

Francisco I y Cárlos IX se casaron con infantas de la casa de Austria, y las modas españolas vinieron á derrocar á las italianas.

Antes de que se inventasen los alfileres en 1349, las mujeres usaban palitos de madera muy delgados y flexibles para prenderse sus tocados.

Las primeras blondas, que vinieron de Venecia y Génova, alcanzaron tal boga, que en 1629 Luis XIII publicó una ley que prohibia usar las que costasen á mas de tres libras la vara.

Atoile dice en un periódico que en 1593 en el bautizo del hijo de Mme. de Sourdis, Gabriela de Estrees se presentó vestida de un traje de raso negro, y tan cargada de perlas y joyas que no se podia tener en pié. Poco despues, añade más adelante, me enseñaron un pañuelo de mano destinado para la misma Gabriela, que se habia ajustado en 1900 escudos.

En tiempo de Luis XV se comenzaron á reemplazar las mascarillas llamadas lobos, con una gran cantidad de lunares negros, que se pegaban al rostro: cada uno de ellos tenia su nombre: el de junto al párpado, se llamaba apasionado: el de en medio de la frente, magestuoso: el que se ponía en el pliegue que forma la boca al reir, jugueton: el de la mejilla, galante: el de la nariz descarado: el de los lábios, coqueto; etc. etc.

Las damas de la corte de Luis XV y Luis XVI, llevaron tambien bastones para sostenerse; ¡tan difícil les era andar con el

peso de su traje y con la elevacion de sus tacones!

En tiempo de la república francesa se siguieron las modas griegas nuevamente, pero procurandó acomodarlas al clima entonces fué tambien cuando se quiso violentar á la naturaleza, colocando el talle debajo de los brazos.

Antiguamente el calendario era el regulador de los trages. Tal mes, tal dia, á tal hora, se ponía uno de invierno, de primavera, de verano ó de otoño. El calendario, pues, era todo, y poco importaba que se muriese uno de frio ó que se ahogase de calor. El órden de modas para el verano en España en el siglo XVIII, era en el que salian vestidos los gigantes, tarascas y gigantillos que se sacaban en las procesiones del Corpus en nuestras grandes capitales, y ninguna alteracion se hacia hasta el siguiente año.

A. C.

REVISTA DE MODAS.

Preciosas novedades nos participan los periódicos de París, mis bellas lectoras, y segun os prometió EL ANGEL DEL HOGAR, en su último número, os las vá á participar, para que si habeis de comprar un traje, lo hagais con arreglo á las leyes de la moda, y si no os hace falta, reformeis alguno de los que poseais del modo mas elegante.

No hemos pedido figurin de disfraces á nuestras casas de París, por la convincente razon de que ya ninguna persona de buena educacion se disfraza: en el mes de enero próximo pasado, hemos dado tres en vez de los dos ofrecidos de trajes de baile, sociedad y calles que creemos os serán mucho mas útiles y provechosos.

Cuando una señora quiere hoy dar *un vistazo*, como vulgarmente se dice, á un baile de máscaras, se envuelve todo lo posible en un dominó ó en un manto negro, porque ahora es mas digno recatarse para ir á las máscaras, que hacer alarde de asistir á esta diversion, y sabido es que si alguna dama tiene la humorada de asistir á ellas, vuelve á su casa al cabo de dos ó tres horas sin haberse quitado la careta.

En España, pues, son del todo inútiles los modelos de disfraces.

Quedan los bailes de trajes: pero este año no se anuncia todavía ninguno, y además, pocas señoras y señoritas se presentan con traje de pastorcitas, de turcas ó de aldeanas: lo que mas impera es el rico traje de antigua ó los que recuerdan personajes históricos, que son justamente los que casi nunca dan los figurines.

Preparaos, pues, á recibir en el presente febrero dos lindísimos figurines de trajes mas usuales y mas elegantes, cuya remesa

nos anuncian ya, y en tanto que llegan, oid la descripcion de algunas frescas y encantadoras novedades.

Un adorno para traje de calle os señalaré de una sencillez y gracia perfectas: se ejecuta en el bajo de la falda, con terciopelo negro de un dedo de ancho, formando grecas ó lonsanges.

—¡Pero esto no es nuevo! me direis un poco tristes.

Teneis razon, queridas lectoras: esto no es nuevo: lo nuevo, lo bonito es que se guarnece este terciopelo por cada lado de una pequeña trencilla de seda escocesa: esto es de un efecto encantador y muy distinguido, especialmente si se ejecuta sobre un traje de glasé negro: se escoge felpilla mas ó menos gruesa, y mas ó menos sóbria de colores, segun la persona que haya de usarlo.

Se bordan los trajes de seda para *soirées* y comidas, de ricos dibujos de felpilla, ya lisa, ya escocesa: otra clase de adorno, muy nuevo y muy rico, consiste en cintas escocesas, bastante largas, dispuestas sobre un traje de seda de un solo color, tal como gris perla, malva claro, maiz, cabellos de la reina y tórtola.

Se ponen estas cintas rectas, ó bien formando grandes festones, redondeados, ó finalmente en anchas grecas, y se las rodea por ambos lados, de una pequeña blonda blanca ó negra, ó bien de un ligero guipure; una cintura semejante flota sobre la falda: el cuerpo y mangas están adornados del mismo modo: si el cuerpo es de escote cuadrado, lo que es muy gracioso, se pondrá al derredor del escote, una cinta escocesa en armonía con las demás, guarnecida de una blonda ó guipure, que cayendo sobre el pecho, forme verta.

Los cuerpos de calle son en general, montantes: algunos se hacen abiertos por delante con anchas solapas.

Los cuerpos vestas, alcanzan siempre mucha boga: se hacen de cinco puntas: dos delante, dos en las caderas y una detrás: estos son los que se llaman cuerpos *señorita*.

Hemos visto una con una pequeña punta detrás y una doble punta abierta delante, recordando la forma postillon.

En cuanto á las mangas, no varian mucho: sigue alcanzando gran favor la forma de codo y entre ancha.

Hemos visto tambien maravillas en cuanto á trajes de baile. La fantasia, el buen gusto, la elegancia artistica, rivalizan para crear los mas deliciosos adornos.

Imaginaos una gasa sobre fondo blanco, sembrada á grandes distancias de una violeta abierta en relieve con una pequeña perla blanca en el centro. Otra sembrada de botones de oro: una tercera salpicada de ampolas: la cuarta, sembrada de espigas: todo esto en relieve de una na-

turalidad y de una frescura maravillosas.

Nada hay tan lindo como estas nuevas telas primaverales: se colocan con estos trajes un ramillete apropiado, en los cabellos y otro en el cuerpo: os respondo de que esto es de la mas alta novedad.

Hay tambien gasas escocesas á pequeños y grandes cuadros, gasas y muselinas blancas, bordadas de moscas de plata, oro y acero, ó mas sencillamente de pequeñas moscas de felpilla escocesa, porque la felpilla, tiene la cualidad de servir, lo mismo para trajes de baile que para mas sencillos.

Hé aquí dibujos mas grandes: de ramas de coral bordados sobre fondo blanco, de iris, de pensamientos, de botones de rosa, de palmas, en fin, y de arabescos.

Para guarnecer estos trajes, se hacen bullones ó ruches de igual tela que se bordean por cada lado, de una estrecha cinta de un color adecuado al del dibujo. Los cuerpos son.... preciso es confesarlo, muy escotados: tanto que este año, un espiritual prelado francés decia á una bella dama que encubria con su falda toda una puerta de entrada de un salon de las Tuillerias.

—Las faldas tienen tanta tela, señora, que no ha quedado nada para el cuerpo.

Tendamos un velo sobre esa ola de gasa de tul y de blondas, que ahora os vamos á describir una maravillosa toilette de baile que hemos admirado en casa de una de nuestras primeras modistas, cuyo talento y reputacion son conocidos de largo tiempo.

Era de raso blanco: en el bajo de la falda y sobre cada paño se ostentaba magníficamente una larga pirámide de gros á grandes cuadros escocesos: los colores eran vivos, ostentosos; no es preciso decir, que la linea mas larga estaba puesta en la parte inferior, y concluia muriendo sobre cada tabla de la falda, á la altura de la rodilla. Cada pirámide estaba rodeada de una blonda blanca de punto de Inglaterra, de tres dedos de ancha fruncida ligeramente, y retenida de trecho en trecho por una perlita cosida sobre el raso blanco del traje.

El cuerpo liso, con punta pronunciada delante y detrás, estaba enlazado bajo el brazo, por un fuerte cordon de seda blanca; las mismas pirámides de gros escocés, pero mas pequeñas, se encontraban sobre el cuerpo, con la diferencia de que estaban á la inversa que en la falda, lo que hacia un efecto muy original.

Habia una que empezaba en la punta del cuerpo de delante y se estendia hasta el pecho: otra detrás, y otras dos en los costados: estas cuatro pirámides, eran bastante pequeñas, para dejar ver entre cada una de ellas un poco del raso blanco del cuerpo: estaban igualmente guarnecidas de blonda como la de la falda, pero mas estrecha: el cuerpo de escote cuadrado estaba

adornado al rededor del mismo con dos anchas blondas de punto de Inglaterra, formando verta.

Las mangas se componian de un gran bullon de raso blanco sobre el cual se encontraba la misma guarnicion: dos anchas blondas, semejantes á las del cuerpo, caian sobre el brazo.

Una diadema de flores de los campos estaba sujeta por un lazo de blonda cayendo sobre la espalda.

Un ramillete de las mismas flores puesto en el lado completamente en la cintura, sujetaba un gran lazo de blonda que flotaba sobre la falda.

Los tocados y las guirnaldas de baile son de una riqueza estrema: pero el buen gusto no domina siempre en ellos: el oro, la plata, las mariposas y los pájaros, los componen enteramente: las tímidas margaritas, las modestas violetas, ceden el sitio á soberbias flores orgullosas, que jamás han existido mas que en la imaginacion de las floristas: pero las flores naturales y sencillas que acabamos de enumerar, son las mas encantadoras para las puras y blancas sienas de la juventud, que no las debe abandonar por ninguna otra: ¡Cuán encantadora nos pareció la princesa Ana Murat en el baile dado en Palacio en honor de la emperatriz, con su vestido de tarlatana sembrado de violetas y su corona de las mismas flores!

¿Y sabeis por qué? porque instintivamente buscamos en todo la armonia y nada armoniza mejor que la juventud y la sencillez.

En otra ocasion os hablaré de trajes de casa: entretanto, ya os dejo donde elegir: pero al hacerlo, combinad, lectoras mias, las leyes de la moda con el buen gusto, que consiste en la graciosa sobriedad de los adornos.

PAMELA.

EL RAMO.

SONETO.

Si has sabido hermanar á la pureza,
El candor, la modestia, la ternura,
La religion, la ciencia, la dulzura,
La caridad, la fé y la fortaleza,

Un ramo formarás rico en belleza,
Rico en perfumes, rico en galanura,
Porque esas dotes son á un alma pura
Flores de eterno aroma y gentileza.

Una por una yo las he cojido
De la virtud en el jardin fecundo,
Para formarte un ramo, que es mi anhelo,

Un ramo tan gigante y bendecido
Que, echando sus raices en el mundo,
Con su hermosa cimera llegue al cielo.

MARÍA T. VERDEJO Y DURÁN.

ESPLICACION

DE LA LÁMINA DE CONFECCIONES.

Núm. 1.—Pelerina de seda blanca, entretelada y bastillada á cuadros: la parte exterior es de raso; la interior ó forro, de tafetan; está guarnecida de una tira de piel de cisne de cuatro centímetros de ancha: una tira igual forma gola en el cuello, favoreciendo en gran manera al semblante: se cierra en el pecho con cuatro rosetas de pasamanería, de las que salen presillas de grueso cordón de seda.

Esta graciosa pelerina empieza á sustituir á los cuellos de piel: se lleva, con trajes escotados, para pasar del salón de baile al bufett, y debajo de las salidas de *soirée* y de teatro, para abrigar doblemente la espalda y pecho: las hemos visto también en los palcos del teatro Real, pudiendo asegurar que sobre un traje azul, rosa, malva ó blanco, hace un delicioso efecto.

Núm. 2.—Delantal para niño de uno á dos años: desde el escote, parten algunos pliegues dobles ó tablas, que se sujetan en el talle por medio de un cinturón, abrochado por detrás con un botón y un ojal: este lindo é infantil objeto, tan útil para los niños de tierna edad, que casi es el responsable de su aseo, se hace en brillantina blanca, y también en la misma tela, sembrada de lunarcitos azules ó rosa: las mangas se componen de un pequeño jockey, guarnecido de una tirita festoneada, con blanco, si la brillantina es blanca, y si tiene lunares, con el color de estos últimos: es también muy lindo un feston mezclado, es decir, blanco con algunas puntadas del color del dibujo: por la parte interior del escote, lleva una cinta de hilo que sirve de jareta, y está guarnecida con una tirita igual á la de las mangas nuestro modelo lleva solo en la parte inferior un dobladillo: pero será mucho más bonito guarnecido con la misma tira que las mangas y el cuello.

Una madre jóven y primorosa puede, dedicando hora y media cada velada á su ejecución, proveer por sí misma á sus hijos de esta sencilla y linda prenda.

Núm. 3.—Cuerpo blanco de muselina, plegada esta antes de cortarlo, con mucha igualdad, pues en esto consiste la mayor parte de su gracia: la pechera está compuesta de un entredós bordado á realce, y guarnecido á cada lado por un encaje de Valencienes: cuello y puños formados del mismo modo: tirantes y cintura de forma suiza, ejecutados aquellos y esta con terciopelitos negros de un centímetro que forman cuadros.

Esté lindo cuerpo, muy fácil de hacer en casa, es de poquísimo coste, y de un efecto encantador, usándolo para teatro y

reunión de confianza, con una falda de seda de medio color ó negra.

Como no todas las señoras y señoritas pueden gastar en el dispendioso Valencienes, es fácil de sustituir este con una delicada imitación, pues las hay muy bonitas, y á muy módico precio: para alivio de luto, es muy gracioso usar este cuerpo guarnecido de blonditas negras.

Núm. 4.—Salida de baile de felpa moaré con rayas blancas y negras, y largo fleco de felpilla de los mismos colores: esta rotunda tiene en la espalda una costura al sesgo, y cierra por delante en todo su largo con botones de terciopelo negro, de pasamanería, y presillas de cordón de seda blanca: el borde del cuello se guarnece con un fleco igual al de la parte inferior, al que sirve de cabeza un grueso cordón de seda blanco y negro, que enlaza la rotunda por delante y cae flotante y rematando por dos borlas.

Puede hacerse este lindo abrigo en tela de lana, de los colores de nuestro modelo, ó de otros más vivos: su ejecución es muy fácil y pronta: en los almacenes los hay también hechos ya de este último género á precios moderados.

PAMELA.

ADVERTENCIA.

Se ha repartido á los señores suscritores de la Biblioteca moral y recreativa, que con tanta aceptación está publicando la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco, el tomo 16: dicho tomo es el segundo de la colección de leyendas históricas titulada Amor y llanto y comprende las siguientes: Luz de Luna, La Princesa de los Caspios y La hermana de Velazquez.

Deseosos de corresponder á la buena acogida que ha obtenido El Angel del Hogar, abriremos para los tomos 19 al 24 de la expresada Biblioteca una nueva suscripción que reportará grandes ventajas á los señores suscritores de nuestro semanario y de las cuales les daremos conocimiento en su día, sin perjuicio de introducir en el convenientes mejoras que les irán sorprendiendo y que han de probarles que sabemos ser agradecidos.

Por todo lo referido,
MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.